

Cuentos amazónicos

traços
Lectura e Escrita

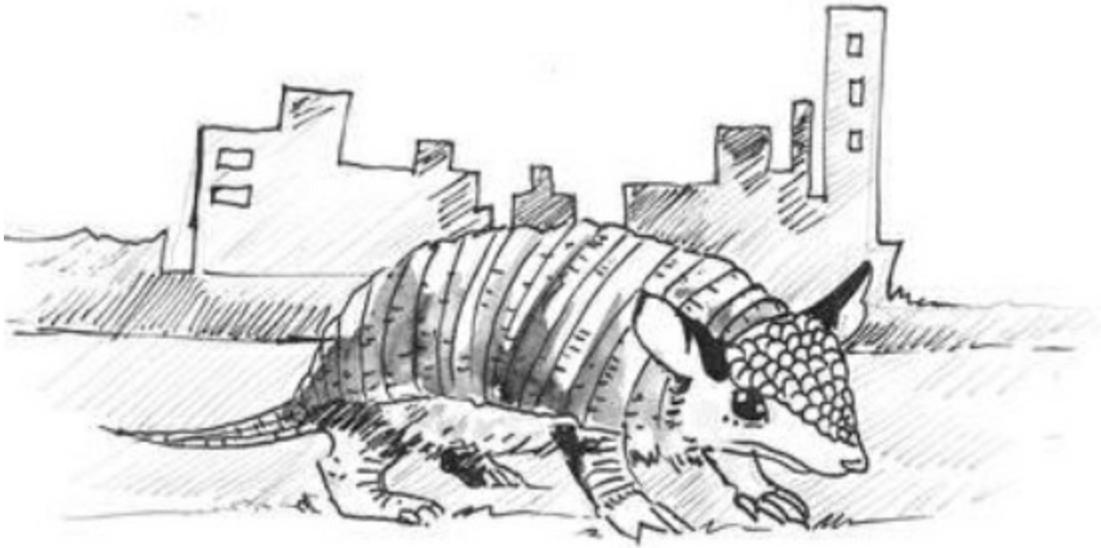
La Carachupita
Alina
Gavino Quinde Pintado

La carachupita Alina

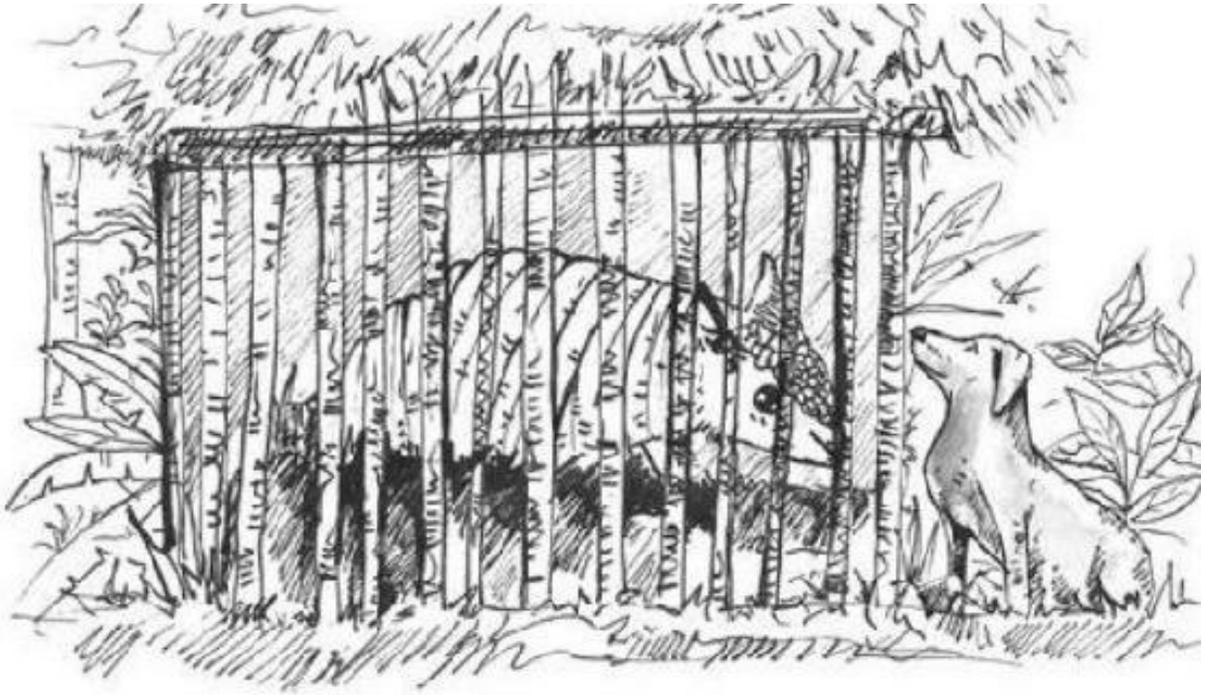
© Gavino Quinde Pintado / Autor

Ilustraciones: Watsildi López Cachique

Alina alcanzó el umbral de la ciudad muy entrada la tarde. Al ver los edificios recordó cómo fue separada de su madre y hermanos. Ese día, “tun, tun”, escucharon pasos y luego un golpe la dejó sin aliento. Todo sucedió en un instante: nada valieron sus pataleos, porque unas manos le introdujeron en una shicra.



Fue aprisionada en la cocina de sus captores cerca de una perrita que la custodiaba a diario. Le traían comejenes, papayas y hasta larvas de avispa, pero no las quería comer. “Te vas a morir si no comes, no seas tonta”, le insistía la perrita, que pronto se aburrió de prestarle atención. Entonces, utilizando sus garras, Alina hizo un túnel en la tierra y logró escapar del cautiverio.



Una vez libre, su problema fue mayor, pues no estaba preparada para sobrevivir sola. Fue así que, tras pensarlo mucho, decidió regresar al lugar donde estuvo detenida; total, pensó, era preferible estar en cautiverio que morir de hambre por no saber encontrar alimentos.

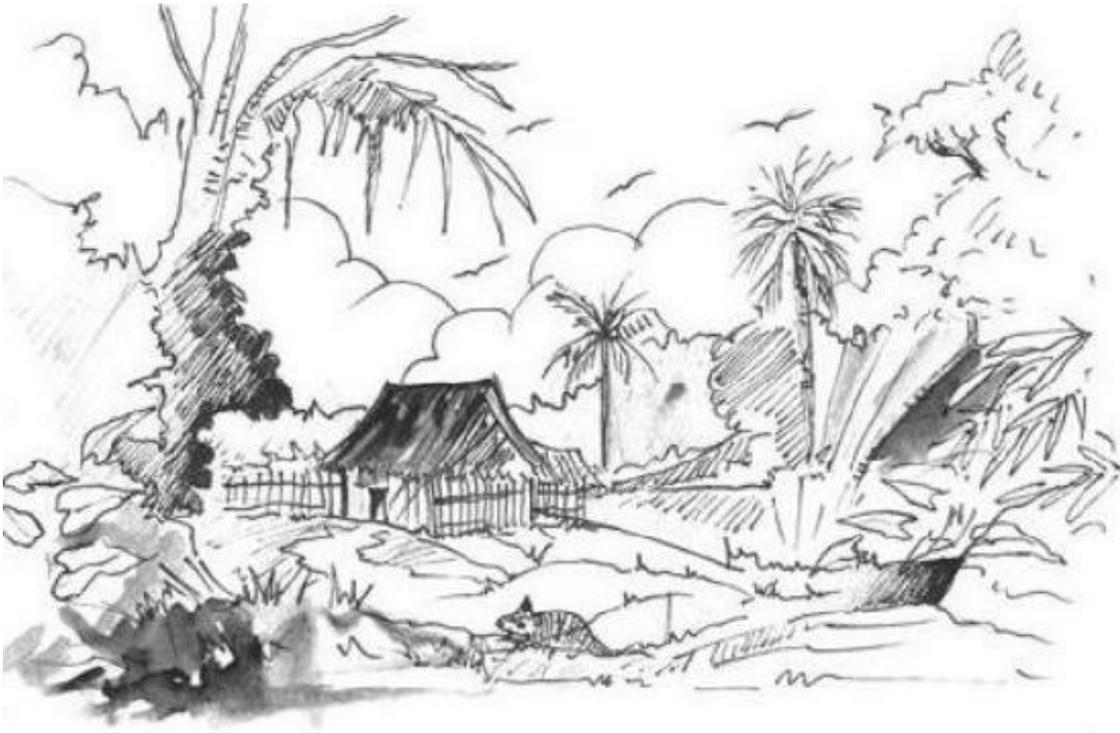


Al comienzo tuvo temor. Dudó antes de acercarse, pero luego

comprendió que aquella familia de humanos no pretendía volver a tomarla prisionera.

Aliviada, empezó a sentirse bien y retornó a la casa.

No cabía de contenta porque la perrita le brindó su amistad, y entre juegos correteaban por todos los rincones. Poco tiempo después, al volver de un largo paseo por el bosque, encontró en calma los tambos, todo estaba abandonado. Aquel silencio resultó sobrecogedor.



Buscó a los humanos por todas partes. Preguntó a los shanshos, loros, sachavacas, uchpacotos, unchalas, firirines y pucacungas, mas no encontró respuestas. Fue la traviesa ardilla quien le habló con temor:

—¿Dices que quieres verlos?

—Sí. Ellos son mis amigos —. Alina le contó brevemente sobre su experiencia con aquella familia.

—Si quieres volverlos a ver, tienes que viajar a la Gran Ciudad. No conozco lo que pueda sucederte, pero sí sé que es muy peligroso —le advirtió.

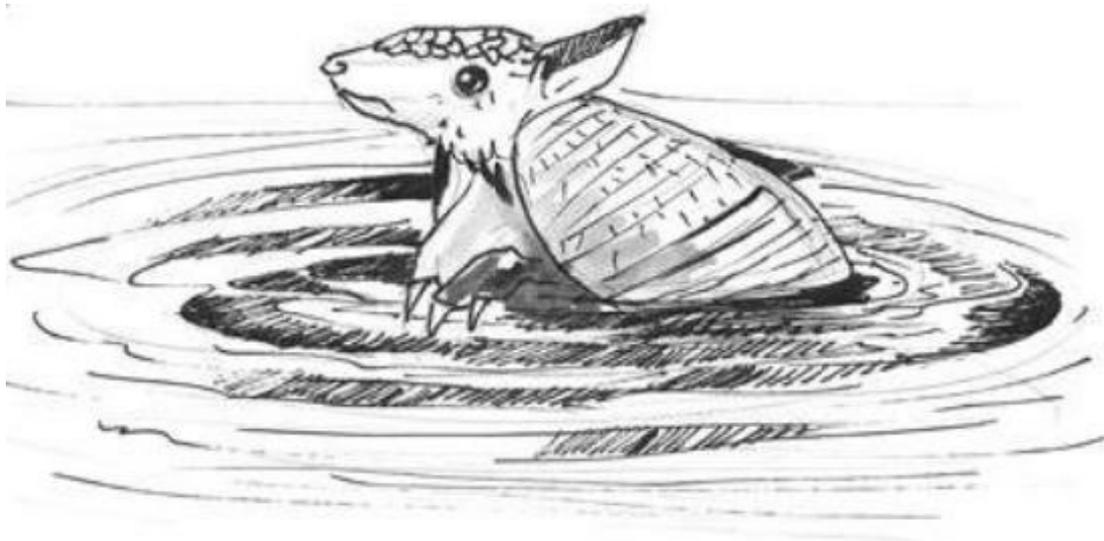
—No me importa —le contestó la carachupita, llena de coraje—,

estoy decidida a encontrarlos.

—Humm, si es así, te deseo suerte.



Fue así como empezó su peregrinaje cruzando valles, caídas de agua, depresiones, fangales... Ya en el camino fueron varios los animales que le animaron a seguir adelante.



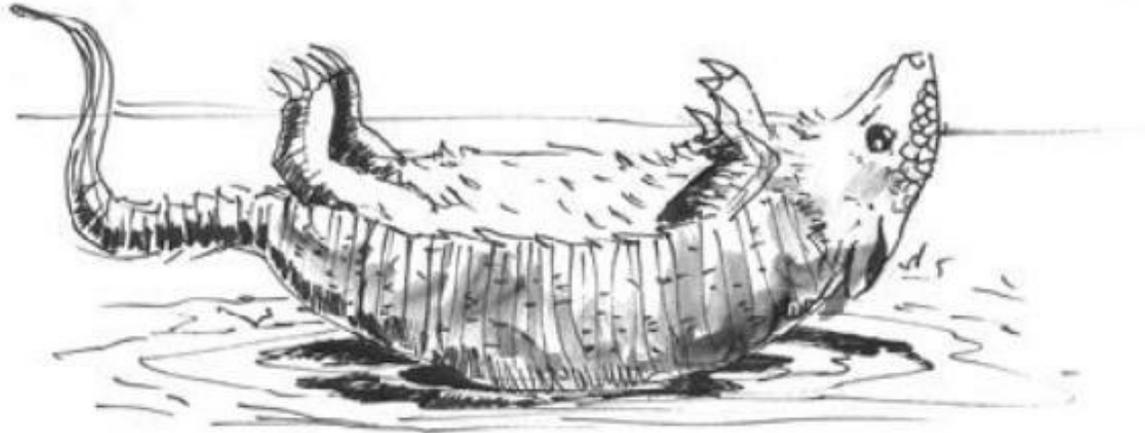
La motelo Ofirón le dijo que ella quería acompañarla pero no podía hacerlo porque se acercaba el tiempo en que debía ir a la playa para poner sus huevos.

También encontró a Torqué, el perezoso, quien le dio alguna información adicional: —Yo también estuve en la Gran Ciudad —le dijo encaramado en un cetico—, pero no es fácil encontrar a las personas que buscas. Debes seguir las veredas. Cuídate de los perros, de los falsos amigos y de los vehículos. ¡Te pueden hacer relleno para peces!



Desde entonces pasaron varias lunas. Alina, al adentrarse en la Gran Ciudad, encontró una infinidad de calles y casas. Se paró en una vereda e impaciente, esperó para cruzar la pista; pero pasaban los minutos y no podía lograrlo. Varias veces estuvo tentada a hacerlo, y sólo logró que algunas llantas de vehículos le rozaran las uñas de sus patitas. Se sintió desolada, a

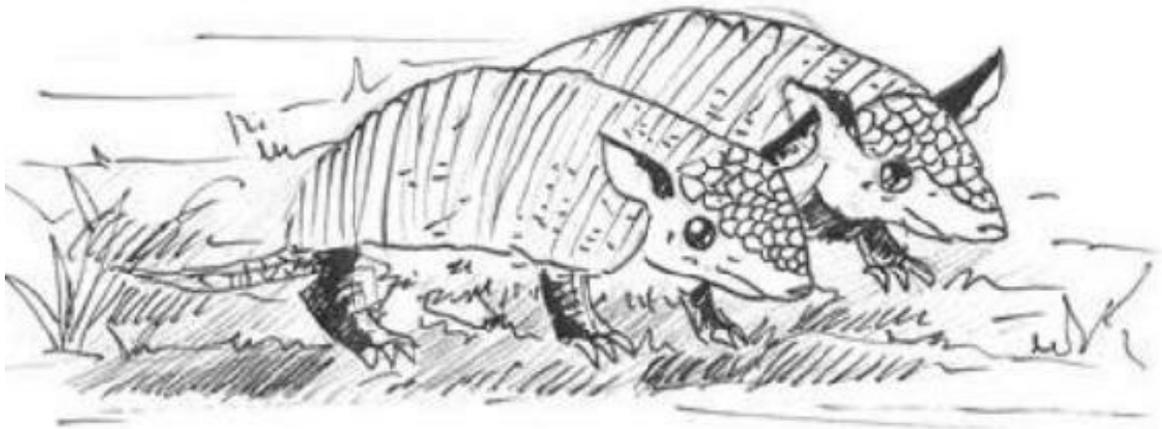
punto de llorar. De pronto se aventó a la pista sin importarle lo que podría suceder. Fue cuando un carro bien grandote, que circuló en forma de escuadra, le hizo volar por los aires y la arrojó hacia una cuneta.



Allí quedó paralizada, pues el lugar estaba lleno de agua putrefacta. Cuando estuvo a punto de ahogarse fue rescatada por una señora de su misma especie.

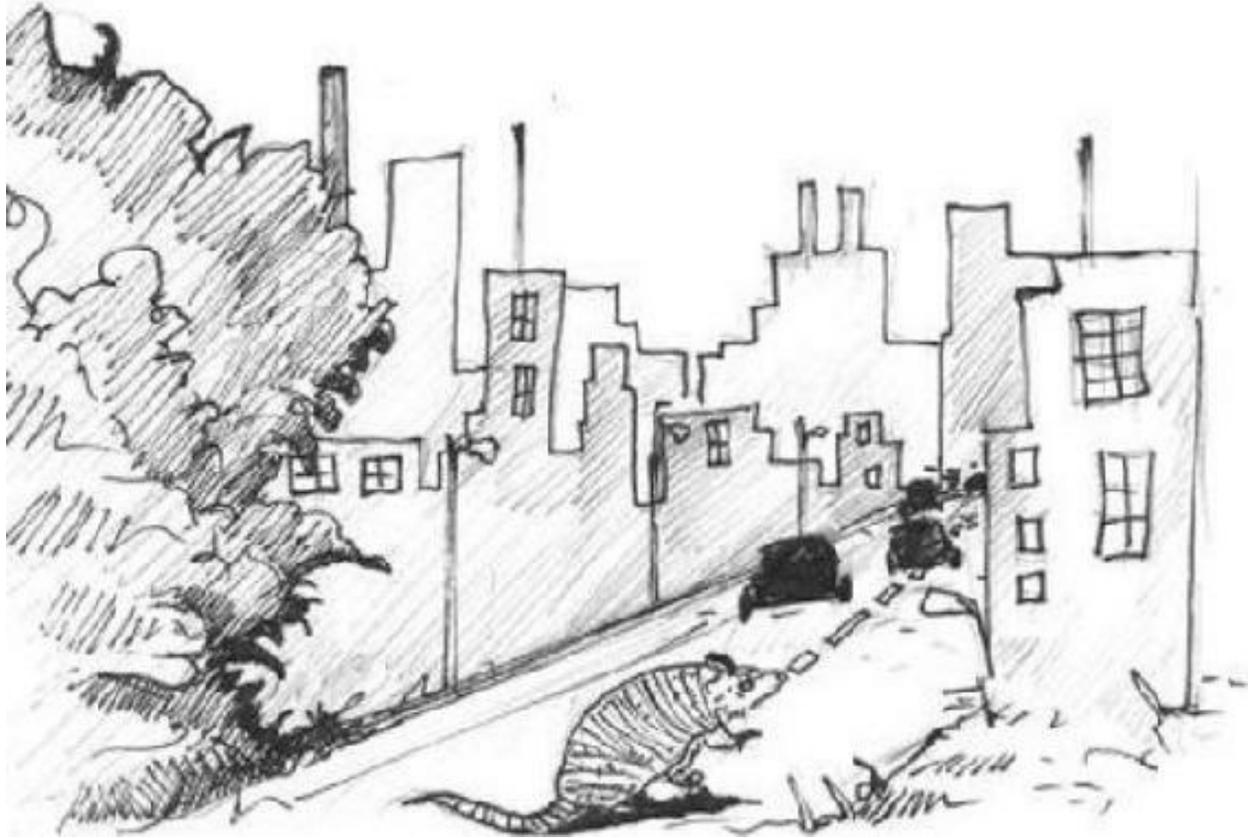
—¡Amiga, amiga!, ¿qué haces ahí? —escuchó que le preguntaba en su misma lengua. A pesar de su situación sintió alegría pues supo que al fin alguien podría informarle lo que tanto deseaba conocer.

Con la ayuda de la desconocida logró salir del fango y fue conducida hacia el otro lado de la calle, mientras le iba preguntando por qué estaba en la Gran Ciudad y qué esperaba de ella. Una vez que supo los motivos, aquella amiga le informó que en la ciudad hay que saber un sinnúmero de cosas para poder encontrar a las personas: nombres, barrio, calles, número de casas, teléfono.



Ella no sabía los nombres de las personas a quienes iba buscando y menos dónde vivían.

La carachupita Alina fue llevada a casa de su amiga y después de un buen tiempo decidió regresar al campo. Es que no podía acostumbrarse a vivir en la Gran Ciudad. Allí todo era movimiento, peligros, aire contaminado, aguas sucias; en cambio de donde venía todo era verdor, aguas limpias y los animales vivían sin preocupaciones.



Una vez tomada la decisión se despidió de su gran amiga expresándole su gratitud; sabiendo que gracias a ella había aprendido muchas cosas y logró vencer uno de los peores retos que tienen los animales: ¡conocer la Gran Ciudad!

